

# Siempre que intervengo Yo ocurre algo semejante

Fernando León de Aranoa

EN ESTE APARTADO, UN DIRECTOR DE CINE PIENSA EN UNA NOVELA COMO GUIÓN. FERNANDO LEÓN DE ARANOA ELIGE *LA TOURNÉE DE DIOS*, DE JARDIEL PONCELA, UN SUCESO NO EXENTO DE TRAUMAS.

Estas líneas son la carta a los reyes magos del cine de un director de aquí, al que un día le proponen que escoja una novela, la que quiera, y la adapte imaginariamente, lo que en la práctica significa que la adapte sin presupuesto ni ventas a televisión, sin jefe de producción ni patrón que le diga a mitad de rodaje que va pasado de metros de negativo o que la mitad de la figuración prevista ha fallado pero no importa porque la que ha venido abulta mucho. Y como para soñar no hace falta prevender los derechos de antena ni pedirle un préstamo al ICO, el director de cine de aquí elige rodar *La tournée de Dios*, porque en ella sucede uno de esos momentos extraordinarios que un director de cine de allí rodaría con doce cámaras y varios miles de extras: la venida de Dios a la tierra. A la tierra de España, porque en la novela de Jardiel Ponceña, Dios elige el Cerro de los Angeles para hacer su magnífica aparición. Sucede a las once de la mañana de un diez de Mayo, ante los ojos de una multitud formidable. Cuatro millones de gargantas celebran su llegada ese día agitando pañuelos y emociones. Los reporteros escriben con furia, los locutores narran con detalle el suceso:

– *Dios viste de oscuro, lleva un guardapolvos largo...*

Las multitudes se lanzan entonces hacia el cerro, ansiosas por verle de cerca. Como una catarata humana que cayese *hacia arri-*

*ba.* Es una riada enloquecida que se traga personalidades, tribunas, banderas. Muchos caen pisoteados, piden auxilio los heridos. El ejército se despliega, tratando de frenar el avance frenético de las multitudes. Hace disparos al aire, que matan a miles. Pero la masa ciega y brutal alcanza a las tropas y se las lleva como una marea vociferante de brazos y piernas. La misma suerte corre la plataforma de la prensa, que, como un junco, oscila y cae al suelo con estrépito, arrastrando a sus ocupantes, destrozando aparatos y huesos en una ceremonia confusa de ayes, sangre, seres y objetos pulverizados. El alud entra después como un ariete en la barrera de carne de las congregaciones religiosas y las cofradías, triturando estandartes y cruces parroquiales, que flotan a la deriva como restos de naufragios. Mientras, Dios contempla distraído el espectáculo del torrente humano haciéndolo todo astillas a su paso y se limita a sonreír con magnanimidad. Las hordas se acercan despedazando ya las tribunas más próximas, gesticulantes, fanáticas, formando un círculo que se estrecha por instantes. Entonces alguien grita:

– *¡Van a aplastar a Dios!*

Un capitán del ejército asume el mando y ordena a Dios subir a uno de los coches próximos. El Papa monta en la parte de atrás. Y el Nuncio, y dos o tres cardenales, y cinco Tenientes Coronales, que se acomodan en los autos sin más selección ni derecho jerárquico que el de hallarse junto a ellos en ese momento.

– *¡Hay que abrirse paso, cueste lo que cueste, hasta Getafe!*

Seis motocicletas blindadas, armadas con ametralladoras se sitúan a los lados de los coches, dándoles escolta. Braman los cilindros, trepidan las máquinas, que saltan y se lanzan contra las multitudes clamorosas. Lejos de apartarse, las filas se aprietan aún más ante el cortejo de motores rugientes, tratando de cortarles el paso. Y la orden terrible resuena:

– *¡Fuego!*

Las seis *Thompson* dispuestas en tiro rápido tabletean enloquecidas. Empieza a caer gente, delante, detrás, a los lados; empieza a caer gente. Las turbas se arrojan furiosas contra la comitiva blindada, pero el vomitar incesante de las ametralladoras se inter-

pone. Y las multitudes caen. Se abren claros. Dejan los coches regueros de sangre, de muertos. Y desaparecen entre gritos, gases, humo, polvo.

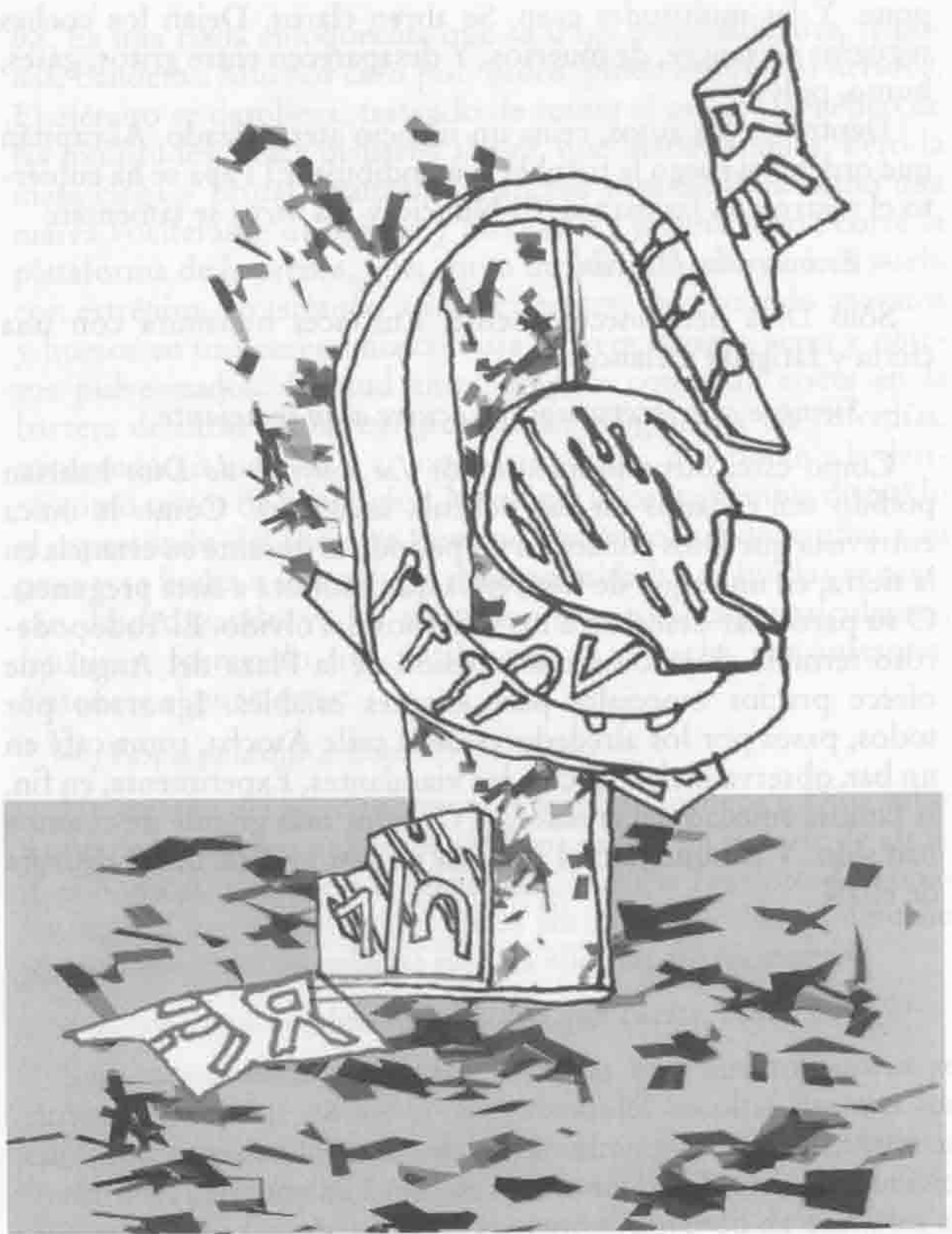
Dentro de los autos, reina un silencio aterrorizado. Al capitán que ordenó el fuego le tiembla la mandíbula. El Papa se ha cubierto el rostro con las manos. El Nuncio y los otros se lamentan:

– *Es horrible. Horrible.*

Sólo Dios permanece ausente. Entonces murmura con una cierta y fatigada melancolía:

– *Siempre que intervengo Yo ocurre algo semejante.*

Como éste, otros momentos de *La tournée de Dios* habrían podido ser rodados en esa película imaginara. Como la única entrevista que Dios concede a un periodista durante su estancia en la tierra, en un vagón de tren, en la que contesta a siete preguntas. O su particular descenso a los infiernos del olvido. El Todopoderoso termina alojado en una pensión de la Plaza del Angel que ofrece precios especiales para clientes estables. Ignorado por todos, pasea por los alrededores de la calle Atocha, toma café en un bar, observa melancólico a los viandantes. Experimenta, en fin, la famosa soledad del creador, el Creador más grande de cuantos han sido. Y aunque Jardiel Poncela no nos lo dice, quizá disfruta de ella ©



... y la vida cotidiana...

... en el...

... la...

... la...

... la...